

R

ESULTADO de un seminario dirigido por Josefina Gómez Mendoza y Nicolás Ortega Cantero sobre «Naturaleza, paisaje y experiencia viajera»; los textos que forman este volumen describen y comentan algunas modalidades de entendimiento del paisaje vinculadas a prácticas viajeras de diversa índole, desde el horizonte ilustrado y la concepción romántica hasta los puntos de vista mantenidos luego por la Institución Libre de Enseñanza y la generación del 98. Sin disimular sus diferencias, las sucesivas exposiciones comparten el deseo de prestar atención a los factores geográficos y culturales que las variadas percepciones y representaciones llevan consigo. VIAJEROS Y PAISAJES incluye siete colaboraciones: «Conocimiento de la realidad y pretensión reformista en el viaje ilustrado» (ANTONIO MORALES MOYA); «El paisaje de Andalucía a través de los viajeros románticos: creación y pervivencia del mito andaluz desde una perspectiva geográfica» (ANTONIO LOPEZ ONTIVEROS); «La experiencia viajera en la Institución Libre de Enseñanza» (NICOLAS ORTEGA CANTERO); «Vocación viajera y entendimiento del paisaje en la generación del 98» (JOSE ANTONIO DE ZULUETA ARTALOYTIA); «El paisaje urbano madrileño en las obras de viajeros extranjeros» (DOLORES BRANDIS); «Naturaleza y paisaje en la concepción geográfica de Manuel de Terán» (ANGEL CABO ALONSO), y «Las expediciones geográficas radicales a los paisajes ocultos de la América urbana» (JOSEFINA GOMEZ MENDOZA).

Alianza Editorial

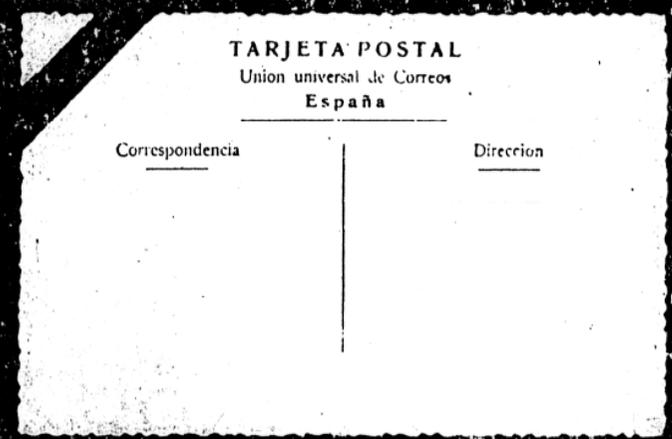
Madrid 1988



Cubierta Daniel Gil



Nicolás Ortega Cantero
Doña Dolores Brandis
Viajeros y paisajes
Alianza Universidad



- (1962): «El bosque, la agricultura indígena y la cultura de plantación en Fernando Poo», *Estudios Geográficos*, XXIII, 89, pp. 487-516.
- (1964): «Geografía humana y sociología. Geografía social», *Estudios Geográficos*, XXV, 97, pp. 441-466.
- (1966): «Una ética de conservación de la naturaleza», en *Homenaje al Excelentísimo señor don Amando Melón y Ruiz de Gordejuela*, Zaragoza, pp. 69-76.
- (1967): «La ciudad como forma de ocupación del suelo y organización del espacio», *Revista de Estudios de Administración Local*, 146, pp. 161-177.
- (1977): *Las formas del relieve terrestre y su lenguaje*, Madrid.
- (1980): *De causa montium*, Madrid.
- (1984): «Hojas de herbario y otras cosas», en *Homenaje a Julián Marías*, Madrid, pp. 681-699.
- URRUTIA, J. (1985): *El novecentismo y la renovación vanguardista*, Madrid.

LAS EXPEDICIONES GEOGRAFICAS RADICALES A LOS PAISAJES OCULTOS DE LA AMERICA URBANA

Josefina Gómez Mendoza

La tradición expedicionaria de la Geografía y las expediciones urbanas

William Bunge, uno de los universitarios más mimados de lo que se dio en llamar en los años sesenta «Nueva Geografía», desde que en 1962 publicara una de las pequeñas obras maestras de la geografía teórica, se lamentaba en 1969 del descrédito en el que habían caído entre los geógrafos los trabajos de campo. Y decía: «La decadencia (en el contexto en el que escribe igual podía haber dicho la traición) más curiosa en relación con nuestra historia es la de la exploración»¹.

Hemos olvidado demasiadas de nuestras capacidades (la de explorar, la de inventar proyecciones cartográficas, la navegación, la geografía matemática colonial, la geografía histórica, la microgeografía, la geografía regional), más de las que recordamos. ¿Qué sentido tiene añadir nuevo conocimiento a la geografía (geografía matemática, teórica, percepción) si olvidamos el viejo conocimiento más deprisa de lo que tardamos en aprender el nuevo? La

¹ Bunge, W.: «Field Notes. The first years of The Detroit Geographical Expedition. A personal Report» en Peet, R.: *Radical Geography. Alternative viewpoints on contemporary social issues*, Londres, 1977, pp. 31-39. Ver p. 31.

utilidad de una ciencia se basa en profundizar sus capacidades, no en modernizarse por el propio interés»².

Lo que llevaba al autor a preguntarse con cierta irritación: «La geografía es grande. ¿Por qué los geógrafos no hacen algo con ella?»³.

Es necesario recuperar la tradición de explorar, la tradición expedicionaria. Tanto más cuanto que, desde un diagnóstico radicalmente pesimista, Bunge considera que la exploración que en nuestros días se necesita es la exploración para la supervivencia en un mundo amenazado de extinción, puesto que el desarrollo de la ciencia y de la técnica se han vuelto contra el propio hombre y le están esclavizando, puesto que el hombre se ha convertido en su propio enemigo «natural»; una exploración, por ello, «infinitamente más vital que aquella a la que se enfrentó Colón»⁴. La supervivencia —y el modo de lograrla, salvando a los niños para salvar al género humano de acuerdo con la lógica darwinista— se convierten de esta forma en el pensamiento y en el objetivo obsesivos —y obsesionantes— de William Bunge⁵.

Pero, dejando al margen los espacios y las formas de la exploración para la supervivencia en un mundo a expensas del uso que de la radioactividad se haga, cabe preguntarse qué sentido tiene hoy la expedición geográfica en una tierra ya recorrida y plenamente descubierta y explorada, si como convencional y conservadoramente se ha admitido, la capacidad expedicionaria de la geografía se agotó al mismo tiempo que culminaba el conocimiento de la tierra. Para Bunge, la exploración tiene un carácter continuo, nunca se acaba, y no precisamente porque el mundo explorable no sea finito, sino porque está en continuo cambio, en permanente modificación no perceptible por fotografía aérea, porque se trata, sobre todo, de una mutación, de un cambio de valores.

Pero es que, además, siempre hay vacíos en la exploración de los hombres. Los hubo en la época gloriosa del descubrimiento de la tierra y se rotulaban los mapas con «Inexplorado» o «Desconocido». Y los sigue habiendo, porque siempre son desconocidos o subestimados los pobres, los marginados, las enfermedades, las taras y lacras sociales. Y a esos paisajes humanos ocultos se les sigue rotulando como «inexplorados». «Quizá, dice Bunge, nada excite más vívida-

² Bunge, W.: *Fitzgerald. Geography of a Revolution*, Cambridge (Mass.), 1971, 247 pp. Prólogo (s. p.).

³ *Ibid.*

⁴ Bunge, W.: «Field Notes...», p. 34.

⁵ Bunge, W. W.: «The Geography of Human Survival», *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 63, septiembre 1973, núm. 3, pp. 275-295; Bunge, W.: *Fitzgerald*, p. 240.

mente al futuro joven explorador que la abyecta aceptación de la total ignorancia que implica la superficie vacía de los mapas rotulada como inexplorada»⁶.

Antes de seguir adelante y de narrar los recorridos teóricos y los avatares prácticos de las expediciones radicales conviene detenerse, siquiera sea brevemente, en la personalidad geográfica de William Bunge para medir y referir la evolución que había experimentado.

Bunge fue uno de los más brillantes introductores de la llamada —con indudable desmesura pero explícito reconocimiento de sus ambiciones— «revolución cuantitativa» en Geografía, quien mejor la teorizó y a quien más rápidamente cansó e irritó. Su *Theoretical Geography* fue unánimemente calificada como obra maestra⁷, «punto de partida realmente nuevo del pensamiento geográfico».

Al definir una «metodología específicamente geográfica», Bunge planteaba en su libro de 1962, como recuerda J. B. Racine, dos problemas fundamentales de la investigación geográfica⁸: en primer lugar, el papel que desempeña la descripción, al poner de manifiesto que no hay descripción pura, que es forzósamente selectiva; en segundo lugar y sobre todo, la posibilidad de predecir comportamientos geográficos a condición de admitir que los fenómenos —y los ámbitos o áreas de consideración geográfica— no son únicos o excepcionales, sino casos individuales cuya existencia implica una generalización que constantemente permite clasificar fenómenos únicos en categorías siempre nuevas. Esta posición suponía un giro considerable en relación con las concepciones tradicionales y convertía a la geografía en una ciencia nomotética, de acuerdo con la nomenclatura de Windelband, capaz de establecer leyes sobre el espacio.

Sobre estas premisas, el método de Bunge de los primeros sesenta consistía en pasar de los documentos en bruto (estadísticas, mapas, topográficos, fotografía aérea), considerados como precartografía geográfica, a la cartografía propiamente dicha de relaciones puras, formalizadas en términos lógicos, matemáticos y geométricos. Una geografía de las relaciones espaciales abstractas, geometrizadas: continuidad, contigüidad, conectividad, distancia, etc.

¿Qué ocurre entre el Bunge de 1962 y el de 1969? ¿Y qué ocurre

⁶ Bunge, W.: «Field Notes...», p. 34.

⁷ Bunge, W. W.: *Theoretical Geography*, Lund Studies in Geography, Ser. C.: General and Mathematical Geography, núm. 1, 1962 (reedición: 1966); Racine, J. B.: «De la géographie théorique à la révolution: William Bunge. L'histoire des tribulations d'un explorateur des continents et des îles de l'urbanité, devenu "taxi-driver"», *Hérodote. Stratégies, Géographies, Idéologies*, 1976, 4, 4º trimestre, pp. 79-90. Ver p. 79. Lewis, Peirce F.: «Fitzgerald: Geography of a Revolution», *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 63, marzo 1973, núm. 1, Book Review, pp. 131-132. Ver p. 131.

⁸ Racine, J. B.: *op. cit.*, pp. 79-80.

con su geografía? ¿Cómo se deja de ser un brillante universitario para convertirse en un predicador de la revolución? El mismo Bunge lo ha narrado y hemos de ser respetuosos con su interpretación aun cuando creamos, como decía recientemente Susan Sontag a propósito de Walter Benjamín⁹, que es más lícito usar la obra para interpretar la vida que usar la vida para interpretar la obra. Pero en el caso de William Bunge una y otra están ejemplarmente —para bien o para mal— imbricadas.

«El Crimen de Vietnam comenzó en serio con los bombardeos de 1965. Yo estaba entonces redactando el segundo borrador de la continuación lógica de la *Theoretical Geography* llamado "Geografía, la ciencia inocente". La Comunidad Interuniversitaria de Geógrafos Matemáticos de Michigan, la idea original por la que yo había luchado, estaba en pleno funcionamiento, pero el Crimen había comenzado. Me incorporé al movimiento pacifista (...). Fui a Selma. Fui a todo»¹⁰. Bunge participa también en el movimiento a favor de los derechos civiles, trabaja en el ghetto negro de Chicago, después en Detroit. Y en ambos sitios convive con sindicalistas y luchadores:

«(Las) dos jóvenes negras, interpretando furiosamente el mundo que me rodeaba y que yo no podía ver porque había quemado mi vida entre libros, me hicieron invertir mi escala de valores y escribir un libro sobre una milla cuadrada en medio de la zona industrial negra de Detroit: *Fitzgerald*, mi propia barriada. Pero Fitzgerald no empezó como geografía. Empezó como propuesta de proyecto para recaudación de fondos federales durante el engaño de la Gran Sociedad. Fue una sorpresa para mí descubrir un día que todos los mapas para la propuesta y todas las fotografías requerían un formato poco común, un formato de atlas; ¡Dios mío, esto es una geografía! Había comenzado a ser útil y resultaba que había escrito un libro de geografía. Esto me persuadió de la utilidad social de la geografía, así como de la necesidad de hacer tomar tierra a los problemas globales y situarlos a la altura de las vidas normales de la gente»¹¹.

Es en este momento cuando confluyen en la vida de Bunge los dos itinerarios que venimos describiendo: el de la lógica expedicio-

⁹ Sontag, Susan: «Walter Benjamin, el último intelectual», *Culturas*, Suplemento semanal de *Diario 16*, núm. 83, 9 de noviembre de 1986.

¹⁰ Bunge, W.: «Perspective on *Theoretical Geography*», *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 69, 1979, núm. 1, pp. 169-174. Recopilado en Gómez Mendoza, J., Muñoz Jiménez, J. Ortega Cantero, N.: *El pensamiento geográfico. Estudio interpretativo y antología de textos (De Humboldt a las tendencias radicales)*, Madrid, 1982, pp. 521-530. Las referencias en el texto pertenecen a esta edición. El autor introduce la narración de su propia evolución con estas palabras: «¿Por qué cesé, entonces, de pronto, este trabajo abstracto más importante y pasé a ocuparme de la regionalización humana a gran escala en mi siguiente trabajo de envergadura?» (p. 522).

¹¹ *Ibid.*, p. 523.

naria moderna y el de su propia trayectoria vital. En julio de 1967 tiene lugar una insurrección negra en Detroit sofocada por el ejército. Quizá, como él mismo dice, fuera Bunge el único geógrafo que estuviera estudiando una región mientras tenía lugar una revolución en ella¹².

El resultado es doble y complementario: la Expedición Geográfica de Detroit (1969-1970) en la que participan junto a Bunge otros profesores y estudiantes y líderes negros. Y el libro de Bunge sobre Fitzgerald, un barrio de una milla cuadrada al noroeste de Detroit que lucha por no convertirse en un *slum*, donde el autor vive, «la milla cuadrada más intensamente interrogada (de la tierra) en busca de respuestas». Un libro que pretende ser a la vez una geografía regional urbana, como veremos, y la «geografía de una revolución» como proclama orgullosamente su subtítulo.

El propósito de la expedición es descubrir y ayudar a los hombres. «Pero no solo los espacios recreativos, sino los deteriorados; no solo la gente acomodada sino también los pobres, no solo la gente bella, sino también la fea»¹³. Y las expediciones son urbanas porque en Estados Unidos la población está en su inmensa mayoría urbanizada y la pobreza oculta, disimulada, también es urbana. Las regiones estadounidenses (y canadienses) son urbanocéntricas y quizá Norteamérica debería ser rebautizada como «Ciudades Unidas de América»¹⁴. Bunge quiere, pues, investigar la comunidad negra de Detroit, pero cree que son los negros quienes tienen que efectuar su propia investigación y en ello coincide con Geraldine Warren, líder estudiantil negra, deseosa de instrucción, pero también deseosa de que esta educación sea útil a la comunidad a la que pertenece y no una simple manera de escapar personalmente de esa comunidad. De la confluencia de esos dos intereses, de la relación entre Warren y Bunge nace la Expedición de Detroit.

Uno de los problemas del barrio de Fitzgerald y de sus gentes, uno de sus mayores deseos y de sus mayores frustraciones procede de la vecindad de dos instituciones de enseñanza superior: la Universidad de Detroit y el Marygrove College. Ambas han mantenido siempre una actitud cordial, amistosa, pero nunca han reclutado un solo estudiante en el barrio. La Expedición Geográfica trata de organizar programas y cursos de planeamiento urbano para integrar a los estu-

¹² Bunge, W.: «Fitzgerald from a distance», *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 64, 1974, pp. 485-488. Ver p. 485.

¹³ Bunge, W.: «Field Notes...», p. 35.

¹⁴ Bunge, W. W. y Bordessa, R.: *The Canadian Alternative: Survival, Expeditions and Urban Change*, Department of Geography, Atkinson College, York University, Geographical monographs, núm. 2, 1975, 427 pp. Ver p. 4.

diantes del llamado Instituto Geográfico de Detroit. Algunos de los profesores han revelado la sensación que les producían estos cursos: «Tratar de explicar ciencias naturales a personas que viven en una cultura de supervivencia es algo más que un ejercicio académico»¹⁵. Pero la experiencia fracasa y se deterioran las relaciones entre la Universidad y los impulsores.

Por su parte, el libro de Fitzgerald de Bunge es también algo más que un libro de Geografía o un manifiesto reivindicativo: es, como se ha dicho con acierto, el álbum de familia de toda una comunidad. Pero constituye al mismo tiempo, en uno de los casos de simbiosis más evidentes de la Geografía reciente entre el autor y su obra, una geobiografía¹⁶, una biografía geográfica, un mensaje —desgarrado a veces, exasperado y exasperante muchas más— de una persona sobre su lugar, sobre su hogar.

El inconformismo de Bunge le lleva a permanecer cinco años fuera de las universidades estadounidenses. Se le acusa de «exponer a las chicas blancas a la violación», de «querer reducir la universidad a cenizas», de querer hacer profesores a los *folk-geographers*, a los geógrafos del pueblo. Tras ello y como resultado de repetidas peregrinaciones canadienses, William Bunge es contratado por la Universidad York de Toronto. Desde allí organizará la segunda exploración geográfica urbana: La Expedición de Toronto (1972-1975); esta vez a los mundos ocultos de «los negros blancos», de las minorías étnicas del Canadá inglés. De nuevo también, la voluntad expedicionaria es manifiesta: se organiza «un campamento base» en un área del centro de la ciudad, se busca el apoyo de los geógrafos espontáneos, se estudia un barrio de mayoría de italianos (Christie Pits) con problemas de marginación y de resistencia comunitaria a la degradación urbana. De nuevo también, el resultado se plasma en un libro, *The Canadian Alternative*, que Bunge publica en 1975 en colaboración con R. Bordessa. Y también, de nuevo, un contrato no renovado, el alejamiento de la Universidad y el paro. El geógrafo rebelde se hace entonces taxista, incorporándose a un trabajo que con cierta provocación venía considerando desde hacía tiempo más geográfico que el de «profesor de mesa de despacho».

¹⁵ Horvath, R. J.: «The "Detroit Geographical Expedition and Institute" Experiences», *Antipode*, 3, 1971, núm. 1, pp. 73-82. Ver p. 81.

¹⁶ Jackle, J. A.: «Reflections on Fitzgerald», *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 65, 1975, núm. 1, p. 104.

La concepción de la expedición humana a los paisajes ocultos de las ciudades

Los programas de la exploración no pueden ser académica ni socialmente definidos o determinados. Son las propias comunidades, son las mismas gentes necesitadas las que sugieren al geógrafo lo que necesitan, lo que se debe estudiar. Los marginados, ya que no pueden escapar a su marginación, deben, por lo menos, ver ésta con sus propios ojos y no con los de los científicos sociales:

«Ya que Fitzgerald no podía escapar al mundo, por lo menos podía mantener la dignidad de ver su encarcelamiento con sus propios ojos. El mayor obstáculo a la objetividad científica es lo provinciana que es la visión del propio científico»¹⁷.

El geógrafo explorador tiene que hacer entonces de la región su hogar. Es imposible hablar de una región, de un barrio, de una barriada, sin vivir en ellos, sin ser vecino, sin ver con los propios ojos lo que va mal, lo que no funciona. Se debe vivir allí, trabajar allí, tener allí la familia, hacer del destino de las familias del barrio el propio¹⁸. La pobreza no es ni romántica ni atractiva, pero el geógrafo —el explorador humano— es resistente y duro. Lo tiene que ser, porque la integración es hasta las últimas consecuencias. Hasta el punto de vivir en lo que se contribuye a construir o planificar, para bien o para mal, resulte un éxito o un fracaso. No se trata de experimentar, como los nazis, dice Bunge.

Las exploraciones humanas quieren en efecto contribuir, nunca explotar¹⁹. Las Universidades se pasan el tiempo agrediendo a los barrios obreros o pobres, enviando legiones de encuestadores y de investigadores cada año a hacer preguntas idiotas e insultantes, carentes de sentido, que no tienen otro fin que el de rellenar el *curriculum*. Puede que un investigador visite el ghetto negro por primera vez, pero de lo que puede estar seguro es de que el ghetto ha sido visitado por millares de investigadores desde hace años²⁰. Al renunciar a la exploración con fines curriculares, el explorador urbano invierte sus prioridades, renuncia al modelo campus-carrera académica para aceptar el de la sociedad-pueblo²¹. Y no sin dificultad, porque,

¹⁷ Bunge, W.: *Fitzgerald*, Prólogo.

¹⁸ *Ibid.*, y Bunge, W.: «Field Notes...», p. 36.

¹⁹ Bunge, W.: «Field Notes...», p. 35.

²⁰ Bunge, W.W.: «El lugar de reproducción: un segundo frente», *Documents d'Analyse Metodologic en Geografia*, núm. 1, 1977, pp. 29-57, ver p. 38. Bunge, W.: «Field Notes...», p. 39.

²¹ Racine, J. B.: *op. cit.*, pp. 86-87.

en general, renuncia a sus orígenes, pero no a ser geógrafo, ya que debe ser consciente de que al explorar lo está siendo más que nunca.

Son los *folk-geographers*, los geógrafos del pueblo (conductores de taxi, líderes de trabajadores y de estudiantes, líderes negros en defensa de sus derechos, líderes de otras minorías étnicas) los que ayudan al geógrafo-explorador a desentrañar los principales problemas de las comunidades y de las barriadas.

«La gente de la universidad suele tener sentido de la escala, pero no tiene sentido (sentido de las cosas, sentidos común) mientras que los miembros de las comunidades tienen sentido de las cosas aunque carezcan de sentido de la escala»²².

Es Gwendoline Warren, la joven líder negra, la que reveló a Bunge algunos de sus grandes temas sobre los que después volveré: el *slum*, los barrios centrales deteriorados como «ciudades de la muerte», el sentido de la circulación del dinero desde los barrios centrales pobres a los barrios residenciales periféricos acomodados. Son otros *folk-geographers*, otras contribuciones espontáneas y, en general, no procedentes de los blancos ni de los ricos, los que ayudaron a descubrir «los paisajes ocultos» de las ciudades, las muy diversas modalidades de las culturas de la supervivencia de las minorías étnicas, nacionales y sociales, tan escondidas a veces que se necesita una indagación muy sutil para descubrir su presencia. En una rápida enumeración Bunge y Bordessa proponen lo siguiente²³: los paisajes de la supervivencia, el mapa de la mortalidad infantil, por ejemplo, o el del dolor, o el de las sonrisas; los numerosos paisajes ilegales y clandestinos, los muy ocultos espacios de la delincuencia, de la inmigración...; los paisajes privados, la geografía de los espacios privados por contraposición a los públicos; los paisajes de la percepción, la geografía de los olores, la geografía del ruido, por ejemplo; y los paisajes personales, las geografías individuales que recogen los movimientos de las personas en plazos dados. Y es en los barrios pobres donde se descubre la gran cuestión (recurrente) bungiana: la imposible coexistencia de los niños y de las máquinas.

Para Bunge decir que el geógrafo se supedita a los intereses que comparte con la comunidad significa no sólo que se reinstaura la supremacía del trabajo de campo, sino también que se consiente que «lo común» sea la regla, que «la buena transcripción escrita», «la pronunciación correcta del nombre de un lugar (sea la transcripción) y la pronunciación utilizada(s) por la gente de ese lugar»²⁴.

²² Bunge, W. citado por Horvath, R. J.: *op. cit.*, p. 74.

²³ Bunge, W. y Bordessa, R.: *The Canadian Alternative*, pp. 8-10.

²⁴ Bunge, W.: *Field Notes...*, p. 39.

Todo ello es testimonio del desprecio que Bunge siente por la vida académica y de su imposible convivencia con los geógrafos de la Universidad. La atmósfera académica le resulta asfixiante porque se lee y se cita pero no se mira, porque se teoriza sin práctica. El mundo real no tiene nada que ver con el de la geografía académica, y la prueba es que los geógrafos que invierten varias horas en desplazarse entre sus universidades y sus lugares de residencia, atravesando los *slums* dos veces al día, no los ven, nunca ven a los habitantes del *slum*, aunque han estudiado todo acerca de las ciudades (los centros de negocio, las industrias, las residencias, los transportes, las actividades de recreo, etc.) absolutamente todo, menos las condiciones en que viven los habitantes de los barrios degradados.

Las exploraciones radicales son exploraciones para la supervivencia de grupos y comunidades frente a las agresiones externas e internas. Es lógico, por tanto, que su ámbito preferido sea la barriada, la comunidad vecinal. Pero en su esquema conceptual, los expedicionarios pretenden plantear el problema de las agresiones que experimentan los hombres a cuatro escalas distintas que dan los ámbitos de la expedición, y desde tres puntos de vista, en tres espacios, el espacio de los hombres, el de las máquinas y el maquinismo, y el de la naturaleza»²⁵.

A escala de barrio, los problemas en el espacio humano son —ya lo hemos visto— los paisajes ocultos de gentes y grupos oprimidos. En el espacio de las máquinas, los problemas proceden sobre todo del tráfico, de la inseguridad que producen los automóviles y sus consecuencias, en particular su mayor incidencia en niños y ancianos. Pero están también los peligros que introducen los ascensores en las casas altas y la menor movilidad de niños y viejos, atrapados en las casas de muchos pisos. Desde el punto de vista natural, llama la atención en el barrio, además de la destrucción general de la naturaleza en la ciudad, la carencia o el carácter inapropiado de las áreas de juego.

A escala de ciudad interesa, como veremos, la distribución de las rentas urbanas pero, sobre todo, la desigual distribución de los procesos de deterioro y, en definitiva, toda la cuestión de la regionalización urbana, tanto objetiva como percibida por los ciudadanos. Y junto a ello, como elemento de lucha, el control del propio espacio, las formas en que las distintas comunidades pueden ejercer el control de sus distintos espacios. Desde el punto de vista de las máquinas los expedicionarios radicales reformulan la tradicional y eufemísticamente llamada geografía recreacional para demostrar la desigual disponibilidad de espacios u oportunidades recreativos según el lugar de residencia, descubriendo hasta qué punto la geografía del ocio se ha

²⁵ Bunge, W. W., y Bordessa, R.: *The Canadian Alternative*, pp. 1-6.

planteado siempre desde la óptica de las clases medias o acomodadas. La ciudad es precisamente mucho menos vivible para los que más atrapados están en ella: tienen menos movilidad entre otras cosas porque tienen menos coches y, por todo ello, desde la nueva formulación de la geografía del ocio al igual que desde la consideración de la naturaleza, es necesario devolver vida a los espacios urbanos biológicamente muertos, reintroducir la naturaleza y los procesos naturales en la ciudad.

A escala de nación, a escala de continente, los expedicionarios consideran el conjunto de América y proponen la instauración del «nacionalismo urbano», de espacios nacionales urbanos como mecanismo para suministrar poder a las minorías nacionales. Se llega a pergeñar, incluso, frente a la política tecnocrática de ciudades nuevas, un Plan Indio para salvar a América.

Queda un último ámbito de propuesta de exploración, el global, la tierra. Frente al desastre biológico que le amenaza el geógrafo debe —si por fin quiere hacer cierta e irrefutable su definición favorita de la geografía, el estudio de la superficie de la tierra como «la morada del hombre»— construir regiones experimentales de supervivencia y extender esta experiencia a todo el planeta²⁶. La grandilocuencia de semejantes proposiciones, que es aun más patente al ser presentadas fuera del apasionado discurso bungiano, desaconsejan que digamos algo más aquí que la simple mención de la voluntad de totalidad de la utopía.

Las regiones urbanas y los mapas de vida

William Bunge proclama orgullosamente que su *Fitzgerald*, la biografía de su barrio, en el que junto con muchos otros ha luchado para impedir la conversión en *slum* que suele acompañar en un barrio interior a todo cambio de población mayoritariamente blanca a mayoritariamente negra, es una geografía regional. Y se indigna con los geógrafos sistemáticos porque han sido incapaces de suministrar una comprensión real de pueblos y lugares y porque no han sabido regionalizar áreas urbanas.

Según él, los geógrafos urbanos han recortado de forma artificial el espacio y han realizado infinidad de «biopsias» por separado. Hay que reconstruir la totalidad, hay que volver a poner las piezas y los lugares juntos y, para ello, —reconoce Peirce Lewis en su recensión extremadamente crítica del libro bungiano— una geografía microrre-

²⁶ Bunge, W. W.: «The Geography of Human Survival», p. 291.

gional como la de *Fitzgerald* parece en principio un método excelente²⁷.

En *Fitzgerald*, se ponen en práctica, según Bunge, todas las técnicas de la geografía regional clásica: la fijación del corazón o centro regional, la delimitación (y la necesidad) de fronteras, la secuencia de ocupaciones (primero indios, después blancos, después pioneros negros, blancos otra vez y otra vez negros, precisamente en el decenio de los sesenta) y, finalmente, el sentimiento regional: «Un respeto enorme por el poder de la geografía regional invadió al autor, así como la rabia consiguiente por no haber regionalizado áreas urbanas»²⁸.

Pero la historia de *Fitzgerald* es la historia de la misma América. Porque ¿qué es América más que una colección de *Fitzgeralds*?²⁹ Al denunciar la sociedad blanca racista de *Fitzgerald* se denuncia el racismo americano, su capacidad de ocultación y de genocidio. «En vez de seguir la tradición de aprender pequeñas cosas de una gran región, se aprenden grandes cosas de una pequeña región». Y de esta forma se resuelve, señala Bunge con indudable agilidad argumental, el viejo conflicto en geografía de la unicidad y de la generalidad, de lo único y de lo general.

«La cuestión de lo único y de lo general es la cuestión práctica y filosófica de los barrios urbanos. Si se niega a un barrio de una ciudad su carácter único, entonces se destruye su identidad, porque único es una definición de identidad. Pero si se niega el carácter general de un barrio entonces se niega la capacidad de comprenderlo, de efectuar en él planes racionales. Por razones prácticas, debe retenerse tanto la unicidad como la generalización de los barrios, cualesquiera que sean los costes filosóficos de una aproximación tan ecléctica»³⁰.

Las localizaciones y las personas son a la vez únicas y generales, y ello es una exigencia tanto de la comprensión como de la acción, de la lucha por la vida, de la esperanza³¹.

La primera idea de la utilidad de la unicidad la tuvo Bunge al hacer geografía histórica en *Fitzgerald* y al tratar de recomponer las secuencias de la ocupación del territorio. Algunos grupos de población eran fáciles de situar en el mapa, como también lo eran los grandes terratenientes y las personas destacadas. Pero se hacía progresivamente más difícil ir situando en el mapa a colonos, minorías étnicas o na-

²⁷ Lewis, P. F.: *op. cit.*, p. 131.

²⁸ Bunge, W. *Fitzgerald*, Prólogo.

²⁹ *Ibid.*, pp. 2 y 239.

³⁰ Bunge, W. W. y Bordessa, R.: *The Canadian Alternative*, p. 2.

³¹ Bunge, W.: «Perspective...», p. 528.

cionales; negros y sobre todo a los indios. Los ricos tienen nombres y apellidos completos, los colonos nombres cortos y ridículos, las minorías seudónimos odiosos (Berry el Judío, Blak Jack, el negro Kennedy, etc.). Los indios son anónimos, más anónimos aun que sus caballos, cuyos nombres pudieron ser localizados en los archivos de los circos. Se ocultaba la existencia histórica de esa gente y fue entonces cuando Bunge descubrió, por primera vez, los paisajes ocultos³².

La esclavitud ha eliminado el apellido de los negros pero queda su nombre, como en el caso del perro de la familia. Pero los indios no tienen derecho a la existencia. Los Ojibwas, tribu india de Meyer's Woods en Fitzgerald, no aparecieron. Y en esta labor los antropólogos no pueden ayudar. Porque a ellos les interesan los indios puros, del tipo primitivo, no los corrompidos de la cultura urbana. El racismo tiene la habilidad de ocultar la geografía histórica hasta el punto de que hay que ir sacándola a la luz capa tras capa, como un anatónomo va separando los tejidos³³.

Los espacios ocultos, una vez descubiertos, deben quedar reflejados en los mapas urbanos, mapas concebidos como mapas de vida, donde sobre un mapa base (*skeleton-map*) se refleja la vida bajo todas sus formas incluida la humana.

«La idea del *skeleton-map* para contener los hechos y de un mapa de vida para capturar la vida en todos los tiempos está directamente inspirada en Leonardo da Vinci —dice Bunge con cierto impudor—. Es su estudio del esqueleto y de la musculatura del cuerpo humano lo que confiere a su arte una vida tan intensa»³⁴.

La magnífica reconstrucción del mapa histórico de Fitzgerald en el siglo pasado en que se recoge un denso parcelario y se localizan los lugares de vida y trabajo de algunos de los protagonistas de la historia del barrio no pudo, sin embargo, ser completada con todas las secuencias de vida, como era la intención de los autores, pese a las precauciones tomadas, a la reconstrucción mediante entrevistas y a la muy minuciosa colección fotográfica lograda.

Los mapas de vida urbanos reflejan el sentido en que son percibidas las relaciones en las ciudades. En ellos se contraponen espacios carentes de vida por la presencia dominante de las máquinas (los espacios de automóviles son espacios muertos) y los espacios con vida, con biomasa. Desgraciadamente, los espacios con máquinas dominan

³² *Ibid.*, pp. 528-529.

³³ Bunge, W.: *Fitzgerald*, Prólogo.

³⁴ *Ibid.*

a los espacios con biomasa tanto en la realidad como en la mente del cartógrafo y del planificador³⁵.

Los mapas que capturan la vida permiten entre otras cosas reflejar las regiones percibidas. La investigación efectuada, la exploración, conducen a Bunge y a Bordessa a afirmar que existe un alto grado de identificación perceptiva de regiones urbanas y que son precisamente las definidas por la gente que vive en ellas las más legítimas³⁶.

La gente se identifica con su barrio, identifica su barrio. Aunque el ejemplo de la exploración de Toronto pone de manifiesto que en mayor medida lo hace la gente de los barrios deprimidos del interior de la ciudad que la de los barrios residenciales periféricos. Quizá porque en los primeros se necesita más mantener el control comunitario sobre el barrio, quizá porque las mayores agresiones geográficas desencadenan las respuestas más comunitarias.

Ciencia y técnica, supervivencia, acción comunicativa y solidaridad de las comunidades vecinales

Bunge y los bungianos apenas hacen concesiones a las reglas formales (y menos formales) en la presentación de sus libros. Ni dicen las fuentes, ni la procedencia de la documentación, ni, aún menos, introducen referencias bibliográficas de autores afines o, por el contrario, objeto de discrepancia. A la profusión de críticas recibidas por esta actitud³⁷, Bunge replica que toda la información procede de trabajo de campo y que la ausencia de citas es una de las exigencias de la técnica de exploración. De hecho, añade con altanería, los cronistas de la era de los Grandes Descubrimientos no iban por ahí poniendo notas a pie de página. Pero parece más su rechazo visceral y colérico de la vida académica y de sus reglas y formalidades el que le hace adoptar esa actitud.

«Los geógrafos leen demasiados libros y demasiados pocos rostros de personas. Si la geografía académica fuera la única admisible, piénsese entonces en lo que habría que expulsar de nuestra tradición. Piénsese en la purga que entrañaría confinar a la geografía a una "lectura de bibliografía"»³⁸.

³⁵ Bunge, W. W. y Bordessa, R.: *The Canadian Alternative*, pp. 207-211.

³⁶ *Ibid.*, pp. 155 y 174-78.

³⁷ Lewis, P. F.: *op. cit.*, pp. 131-132 y Ley, David: «Fitzgerald: Geography of a Revolution», *Annals of the Association of American Geographers*, vol 63, marzo 1973, núm. 1, Book Review; pp. 133-135.

³⁸ Bunge, W.: «Fitzgerald from a distance», p. 487.

Lo que ocurre es que esta actitud, con su correlato de permanente remisión a (y legitimación a través de) tradiciones remotas y heroicas, sirve de poca ayuda para descubrir los puntos de referencia más modernos que tienen, en su teoría y en su práctica, las exploraciones radicales a los mundos ocultos de las minorías. Y, sin embargo, como de todo lo dicho hasta ahora fácilmente se desprende para cualquier lector mínimamente advertido, la experiencia bungiiana de la segunda mitad de los sesenta resume de forma ejemplar (y quizá supere por la acción y por la devoción) a la vez la corriente crítica sobre las amenazas derivadas del desarrollo de la ciencia y de la técnica en las sociedades contemporáneas —que tan presente estuvo en los movimientos revolucionarios del 68— y los estudios, de plural procedencia, sobre comunidades urbanas y grupos marginales.

Sería una traición al espíritu de William Bunge buscarle demasiadas raíces no remotas. Sería a su vez una desconsideración hacia los que conservamos vivo el respeto por el diálogo abierto y crítico con los autores y con sus obras, incluso a través de éstas, no prestar una cierta atención a las corrientes de pensamiento y de investigación que pueden ayudar a referir el quehacer bungiiano. Por una y otra razón, me voy a detener, pero brevemente, en las dos vinculaciones citadas.

La primera procede de la obsesión bungiiana por la supervivencia en función, a escala mundial, del peligro de crisis biológica total en que nos encontramos (Bunge llega a hablar de «especiecidio») y, a escala urbana, microgeográfica, de la agresión, sobre todo de niños y viejos, por las máquinas. Según Bunge, la historia reciente del hombre y de las máquinas ha dado lugar a dos «revoluciones geobiológicas» sin que se haya producido evolución biológica o modificación ni ruptura temporal como en las crisis anteriores de las especies³⁹: primero, en su momento, la del retorno de los hombres al mar a través del desarrollo y perfeccionamiento de la navegación lo que determinó la mezcla racial y una voracidad extraordinaria en la extinción de razas, naciones y culturas; el otro choque biológico ha resultado de la conquista del espacio que nos ha permitido «desterritorializarnos» y se ha hecho posible la radio, el transporte aéreo, la televisión pero también los misiles y la posibilidad de envenenar el aire. Porque, en efecto, no se puede contrarrestar la verdadera amenaza, la de los vientos y su capacidad de transportar y dispersar la radiactividad: «la gente puede imaginar un misil antimisil pero no un viento antiviento».

Los hombres y las máquinas se desarrollaron mutuamente mientras los hombres confirieron atribuciones de «emancipación del trabajo» a las má-

³⁹ Bunge, W. W.: «The Geography of Human Survival», pp. 280-284.

quinas. El progreso ha consistido en la evolución de las máquinas, no en la de los hombres, y la aceleración del desarrollo de la técnica está introduciendo desfases. Los hombres están siendo propulsados biológicamente hacia adelante por «sus propias» máquinas. Las máquinas no nos están dando tiempo para evolucionar como hombres, para ajustarnos biológicamente. Estamos siendo lanzados hacia el futuro por la técnica a un ritmo que no podemos sostener. Con la ayuda de su permanente compañero, la técnica, el hombre ya no tiene territorio, no tiene nidos en que acoger a sus hijos. El hombre es el único mamífero que con la ayuda de las máquinas mata sistemáticamente a sus hijos, de los que es el peor de los enemigos «naturales». ¿Va ser la humana la primera de las especies que se autoexterminen?»⁴⁰.

Estos planteamientos están conectados, sin lugar a dudas, y al margen de su énfasis biológico, con la visión crítica de Horkheimer, de Adorno, y de toda la escuela frankfurtiana, sobre la forma en que el desarrollo de la ciencia y de la técnica se vuelven contra el hombre. Pero con más claridad aun con Herbert Marcuse y, en concreto, con su *Hombre unidimensional*, lo cual, por otra parte, no puede sorprender dadas las fechas y la difusión que el libro de Marcuse tuvo en su momento.

Para Marcuse, la fuerza emancipadora inicial de la tecnología, en el sentido de que permite una dominación cada vez más eficiente de la naturaleza y, por tanto, una instrumentación de las cosas, se ha ido trocando a medida que se producía la casi irresoluble fusión del trabajo social productivo y del destructivo, de la técnica y del dominio, en un obstáculo para la liberación, en un instrumento cada vez más efectivo del dominio del hombre sobre el hombre a través de la dominación de la naturaleza⁴¹. La dominación se perpetúa en la actualidad no ya sólo por medio de la tecnología, sino como tecnología. «Lo que quiero demostrar es que la ciencia, en virtud de su propio método y sus conceptos ha proyectado y fomentado un universo en el que la dominación de la naturaleza queda vinculada con la dominación de los hombres, lazo que amenaza con extenderse como un destino fatal sobre ese universo en su totalidad. La naturaleza, comprendida y domeñada por la ciencia, vuelve a aparecer de nuevo en el aparato de producción y de destrucción, que mantiene la vida a los individuos, y la mejora y la somete a la vez a los amos del aparato»⁴².

Por ello, piensa Marcuse, para cambiar esa dirección del «progreso» y evitar ese fatal destino, hay que cambiar la estructura misma de la ciencia, lograr un nuevo tipo de técnica que, sin perder su ca-

⁴⁰ *Ibid.*, p. 284.

⁴¹ Marcuse, H. (1964): *El hombre unidimensional*, México, 1968, pp. 177 y ss.

⁴² *Ibid.*, pp. 185 y ss.

rácter racional, deje de objetivar a la naturaleza para tiranizarla y la considere desde el punto de vista del diálogo y de la hermandad de otro tú. Así, el arte sustituiría en cierta forma a la técnica en nuestra relación con la naturaleza.

Jürgen Habermas, en su artículo de homenaje a Marcuse y de confrontación de sus tesis⁴³, le discute que en lo que realmente esté pensando sea en un nuevo tipo de ciencia y de técnica, y cree que se trata más bien de una nueva actitud frente a la naturaleza, ya que no parecen dissociables la técnica que conocemos y la estructura de la acción racional respecto a fines. Para Habermas la solución tiene que buscarse en la forma de interrelación de la técnica y de la moralidad. En las sociedades capitalistas avanzadas, la política se ha convertido en tecnocracia y la represión ya no es, como entendía Marx, represión de una clase sobre otra, sino la que padece la esfera moral, la de la acción comunicativa por parte de la esfera técnico-económica. Sólo una crisis de motivación en que la gente a partir de un determinado momento deje de definir su felicidad como incremento de su nivel de vida y empiece a entenderla desde los ideales de la esfera comunicativa (solidaridad, fraternidad, justicia, etc.) puede devolver la primacía a la acción comunicativa sobre la acción técnica. Quizá en este sentido, el interés emancipador, unido a las ciencias críticas (como el interés técnico está unido a las ciencias de la naturaleza y el interés práctico a las del espíritu) pueda ayudar, según Habermas, a restablecer el abismo entre razones y decisiones, entre instrumentos y finalidades. Y quizá también cuando se vea libre de dominio la comunicación entre los hombres, pueda liberarse la subjetividad de la naturaleza. De forma que el hombre pueda ver a la naturaleza como un sujeto, y no sólo como «otro de sí, sino reconocerse en ella como en otro sujeto»⁴⁴. Reconocimiento del hombre en la naturaleza y diálogo con ella que enlaza —ahora sí— con lo mejor de la tradición geográfica moderna⁴⁵.

La otra gran cuestión bungiana —que a distinta escala replantea la misma—, la de la solidaridad de una comunidad frente a la agresión tecnológica y política, y la de la percepción espacial y las valoraciones del medio por parte de los individuos y de los grupos en los que se integran, tiene todavía más profundas connotaciones tanto en geografía, como en antropología y en sociología, aun cuando, en su negación academicista, Bunge rara vez lo reconozca.

⁴³ Habermas, J. (1968): «Ciencia y técnica como "ideología"», en *Ibid.*, Madrid, 1984, pp. 53-112. Ver también del mismo autor de 1983: *Conciencia moral y acción comunicativa*, Barcelona, 1985.

⁴⁴ Habermas, J.: «Ciencia y técnica...», p. 63.

⁴⁵ Ortega Cantero, N.: *Geografía y cultura*, Madrid, 1987, *passim*.

Eduardo Martínez de Pisón ha llamado la atención⁴⁶ sobre la injusticia cometida con Max Sorre a quien apenas recuerdan los geógrafos actuales y que, sin embargo, en lo que ahora nos atañe, indagó con sutileza y conocimiento de causa sobre la imagen que los hombres se forman de su espacio social, que repercute e interactúa sobre él⁴⁷.

Sorre va más allá de «las imágenes generadoras de acción», más allá de la percepción, para reconocer que en imágenes y percepciones se introducen juicios de valor, deseos, voluntades, lográndose con todo ello un espacio subjetivo, «reflejo deformado del espacio objetivo», pero que actúa sobre éste.

Por otra parte, Sorre conoce bien la obra del sociólogo francés Pierre-Henri Chombart de Lauwe y su interés por la vida social de las barriadas, células de vecindad en el tejido urbano, que nacen con independencia de la acción administrativa y que se constituyen como medio material y a la vez sentimental para los vecinos, unidos tanto por la proximidad como por compartir un interés parecido por objetos muy distintos⁴⁸. Los barrios así entendidos son, dice Sorre, un punto de apoyo y de referencia para el individuo en el anonimato de la gran ciudad⁴⁹.

Sin embargo, Max Sorre es consciente de que el método de investigación en estas unidades de vecindad es preferentemente el sociológico. Lo que el geógrafo detecta sobre todo en los barrios son los movimientos que generan o cómo se traducen en el aspecto mismo de la ciudad. Y en estos límites morfológicos de las imágenes sociales urbanas, sin intentar penetrar en el espacio de las vivencias personales y comunitarias, se mantiene Sylvie Rimbart en su indagación sobre los paisajes urbanos⁵⁰.

Sea como fuere, no es probable que Bunge conociera, al emprender sus expediciones a los mundos urbanos escondidos, la obra de Sorre, al menos con los matices señalados. Por motivos obvios se halla más vinculado a la larga tradición norteamericana antropológica y sociológica sobre dinámica urbana y relaciones de barrio o vecindad,

⁴⁶ Martínez de Pison, E.: «El paisaje interior» en *Homenaje a Julio Caro Baroja*, reunido por Antonio Carreira, Jesús Antonio Cid, Manuel Gutiérrez Esteve y Rogelio Rubio, Madrid, 1978, pp. 755-769. Ver p. 763.

⁴⁷ Sorre, Max.: *Rencontres de la géographie et de la sociologie*, París, 1957.

⁴⁸ Chombart de Lauwe, P. y otros (Groupe d'ethnologie sociale): *Paris et l'agglomération parisienne*, t. I: *L'espace social dans une grande cité*, t. II: *Méthodes de recherche*, París, 1952. *Ibid.*: *Famille et habitation*, t. I: *Sciences humaines et conceptions de l'habitation*, t. II: *Un essai d'observation expérimentale, quotidienne des familles ouvrières*, París, 1956. *Ibid.*: *Paris. Essais de Sociologie. 1952-1964*, París, 1964.

⁴⁹ Sorre, M.: *op. cit.*, pp. 180-181.

⁵⁰ Rimbart, S.: *Les paysages urbains*, París, 1973.

desde los ecólogos urbanos de Chicago (Park, Burgess, Mackenzie, etc.) a Jane Jacobs, pasando por los numerosos estudios sobre la pobreza, la inmigración y la marginación como el famoso de Oscar Lewis⁵¹.

Aunque muy poco tenga que ver con el medio urbano deprimido que explora Bunge, no deja de ser un precedente significativo la comunidad suburbial acomodada de Park Forest, que sirvió a William Whyte para estudiar cómo el grupo ejerce su tiranía sobre los individuos hasta el punto de ser él el que conserva los caracteres sociológicos permanentes. Park Forest, poblado por individuos transeúntes en busca de nuevas raíces, ejerce un contagio tal por sus estructuras sociales sobre los individuos que los uniformiza en sus opiniones políticas, en su vida social, en sus creencias religiosas⁵².

Y tampoco puede evitarse pensar, cuando alguien nos habla de paisajes ocultos, en la dimensión oculta de E. T. H. Hall y su enfoque antropológico del uso del espacio. Un uso basado, para Hall, «en experiencias profundas, comunes y formuladas expresamente, de las que participan quienes pertenecen a una determinada cultura, transmitiéndolas y comunicándolas sin saberlo y que constituyen el telón de fondo y la pauta conforme a la cual enjuician todos los demás acontecimientos»⁵³.

Pero referencias explícitas sólo hace William Bunge a Kevin Lynch y a su *Imagen de la ciudad*⁵⁴, considerándole el autor más leído por los geógrafos desde que éstos se han desentendido del trabajo de campo, y a Jane Jacobs⁵⁵ con quien comparte (y de quien disiente en) muchas de las cuestiones que le preocupan: la necesidad de mantener la diversidad urbana y la mezcla de usos, la seguridad en la ciudad, el fracaso del urbanismo moderno ortodoxo, el uso o el desaprovechamiento de los parques, el peligro de las casas en altura, los destructivos efectos de los automóviles en la ciudad, las barriadas como forma eficaz de organización del autogobierno... Estas y otras cuestiones son las que van a retener nuestra atención, en la siempre original formulación bungiana, en la última parte de este escrito.

⁵¹ Lewis, O.: *Los hijos de Sánchez*, México.

⁵² Whyte Jr., W. H. (1957): *El hombre organización*, México, Buenos Aires, 1961. Ver cap. VII: *Los nuevos suburbios: el hombre organización en su casa*, pp. 251-387.

⁵³ Hall, E. T. H. (1966): *La dimensión oculta. Enfoque antropológico del uso del espacio*, Madrid, 1973.

⁵⁴ Lynch, K.: *The Image of the City*, Camb. (Mass.), M.I.T., 1960, traducción castellana: *La imagen de la ciudad*, Buenos Aires, 1966.

⁵⁵ Jacobs, Jane: *The Death and Life of Great American Cities*, Nueva York, 1961. Traducción castellana: *Muerte y vida de las grandes ciudades*, Barcelona, 1967. *Ibid.*: *The Economy of Cities*, Nueva York, 1969. Traducción castellana: *La economía de las ciudades*, Barcelona, 1971. Las referencias en el texto son a las ediciones en castellano.

Los slums, el fracaso del urbanismo moderno y las soluciones tradicionales

La consideración de los barrios interiores en las ciudades metropolitanas le permite a William Bunge discutir el modelo de zonificación de la ciudad norteamericana basado en la renta (teoría de la renta de Von Thünen). Quizá sea en esta parte en la que, en ambos libros, Fitzgerald y Toronto, el razonamiento se hace más académico, más respetuoso con las reglas de una exposición científica⁵⁶. Lo que no impide que tenga derivaciones y prolongaciones mucho más en consonancia con el estado de ánimo que mueve el conjunto argumental.

Los *slums* son los barrios deprimidos del interior de las ciudades norteamericanas. Dos hechos son particularmente interesantes en relación con ellos. En primer lugar que, como ya apuntó Blaut, todos los ghettos son *slums* pero no todos los *slums* son ghettos⁵⁷. Los *slums* propiamente dichos son pura y simple expresión de la pobreza, constituyen, sobre todo, un fenómeno económico y social. Pero hay un cierto tipo de *slum*, el *slum-ghetto*, en el que los habitantes no sólo son pobres, sino también étnica o racialmente «diferentes»: ghettos negros, ghettos hispanoamericanos. En los ghettos, a los problemas de pobreza se unen los de discriminación racial o cultural. Desde este punto de vista, Toronto no tiene ghetto racial.

El segundo carácter geográfico fundamental en relación con el *slum* es su movilidad. Fitzgerald está en el límite del *slum* y entra en la lógica de las cosas que vaya adquiriendo caracteres de *slum* de acuerdo con la teoría de la renta urbana y de la movilidad de las zonas. Y es precisamente eso lo que combaten Bunge y el Consejo de la Comunidad de Fitzgerald.

Las ciudades norteamericanas se estructuran en zonas concéntricas, en anillos. En el centro, en el *downtown*, el C.B.D., la ciudad de los negocios y de los comercios caros y especializados, con calles limpias y cuidadas y protección policial. Inmediatamente después el cinturón de barrios deteriorados y deprimidos, barrios chinos y *slums*, al que siguen los de residencia de rentas bajas-medias, de rentas medias, de rentas medias-altas y los suburbios residenciales de la clase acomodada, los *affluent suburbs* de la literatura norteamericana. Después ya, los espacios de agriculturas intensivas y comerciales, los de agriculturas extensivas y los baldíos.

Los cinturones se expanden, las fronteras se desplazan hacia fue-

⁵⁶ Bunge, W.: *Fitzgerald*, pp. 135-158 y Bunge, W. W. y Bordessa, R.: *The Canadian Alternative*, pp. 114-147.

⁵⁷ Blaut, J. M.: «The Ghetto as an Internal Neo-Colony», *Antipode*, vol. 6, núm. 2.

ra y Fitzgerald, concebido no ya como territorio sino como forma de vida, ha cambiado de lugar, se ha desplazado a medida que pasaba de los usos agrícolas extensivos que le caracterizaban en el siglo pasado a convertirse en un barrio limítrofe de la ciudad.

¿Por qué esa distribución? ¿Por qué los ricos viven hacia fuera y los pobres dentro? Sobre todo por el mecanismo de la renta a través de la densidad: en los *slums* se paga menos por persona por el suelo (porque hay hacinamiento) pero más por metro cuadrado. De la misma forma, el residente del *slum* paga los menores costes individuales por desplazamiento pero los mayores por metro cuadrado de infraestructura de transporte. Son los pobres, hacinados, de los centros los que pagan a los barrios de baja densidad periféricos; los negros de los ghettos pagan relativamente más de lo que obtienen, de la calidad del marco de vida y de los servicios de los que disponen. Por otra parte, el fenómeno del retorno de las clases acomodadas al centro apenas es tomado en consideración por Bunge que, en la época en la que escribe, no ve en la *gentrification* más que una tendencia a desplazar a los pobres dentro de un «proceso de latinización» del modelo urbano que tiende a aumentar el chabolismo periférico en relación al de centro-ciudad.

Pero lo que al autor le interesa, más que la discusión sobre los precios del suelo, demasiado académica y demasiado ajena a sus interlocutores de elección, son otros aspectos asociados: la circulación monetaria en la ciudad y la dirección de los flujos, los fenómenos temporales de expansión y contracción de ghettos y *slums*, la renovación de los barrios bajos de centro de ciudad, etc.

Sobre la primera cuestión hay diversos puntos de vista pero suele prevalecer la opinión de que en los barrios deprimidos entra dinero para servicios y beneficencia. Los expedicionistas urbanos de Detroit y de Toronto creen comprobar lo contrario: el dinero sale de los *slums*, sale a través de las rentas, a través de las hipotecas, de los procesos de renovación, de los seguros, etc. El balance de la circulación es inverso al habitualmente admitido.

Un asunto que afecta a la supervivencia es la ocupación de los barrios interiores para lo que eufemísticamente se llama «renovación». La agresión externa contra los *slums* para la expulsión y sustitución de sus residentes no es posible mientras haya lazos comunitarios fuertes. Pero la resistencia comunitaria se ve comprometida cuando avanzan los usos y los residentes «extraños», ajenos al barrio, «no locales». La experiencia de las expediciones radicales muestra que una comunidad sólo es posible si mantiene más de la mitad de vecinos «locales». Por eso los que intentan la renovación utilizan como estrategia el progresivo control desde fuera de las actividades del barrio, el debilitamiento de los lazos familiares o de amistad y, sobre todo, que

aumente el envejecimiento de la población. Es una población envejecida la que da entrada a los extraños y acaba permitiendo la ruptura de la comunidad. Y es precisamente la estrategia inversa la que debe inspirar los principios de permanencia de las comunidades: reforzar sus lazos, rejuvenecerse, apropiarse de las actividades que le son ajenas. Eso es lo que intentó la expedición de Toronto, en Christie Pits, con la amplia red de lavanderías implantada en el barrio; eso es lo que entre otras cosas perseguía la de Detroit al tratar de desarrollar programas en la Universidad.

Otras veces no hay renovación sino, por el contrario, expansión de las áreas deprimidas, que suele coincidir con las épocas de crisis hasta el punto de llegar a constituir su manifestación geográfica por antonomasia:

«Es más fácil enfocar la crisis en términos geográficos que en términos históricos. A través del tiempo parece como si existieran tiempos malos y, luego, tiempos prósperos en los que todo el mundo vive bien. Pero en el espacio queda claro que, en los Estados Unidos, en lugares como Detroit, existe siempre una región deprimida, los barrios pobres, y una región opulenta, los barrios ricos. En los Estados Unidos, los niños pobres nunca comen bien, y los adultos ricos nunca comen mal. Lo que ocurre en tiempos de crisis es que el espacio de la crisis, el barrio pobre, se expande geográficamente para incluir a la clase media, la clase trabajadora blanca. El área de crisis es más grande en tiempos de depresión y nunca desaparece en los tiempos buenos. Y ¿cabe decir en algún sentido, que es un hogar el horror de los ghettos estadounidenses?»⁵⁸

Las expediciones radicales urbanas no sólo se organizan para la resistencia sino también para devolver a la ciudad seguridad y libertad. Eso exige toda una geografía de las calles y de los espacios públicos que sea sensible a ambas cosas y mida minuciosamente sus efectos. En primer lugar, los automóviles son los primeros causantes de la inseguridad y de la falta de libertad. Las expediciones efectúan cuidadosas determinaciones de la cantidad y de la calidad del tráfico: de su volumen, de su procedencia y dirección, de la frecuencia y tipo de infracciones. Sus conclusiones en Toronto, en Christie Pits, son desalentadoras: un accidente cada veinticinco días y bastante más de la mitad de los accidentes afectan a los niños menores de quince años. De donde se deriva la escasa autonomía territorial de los niños y su atrapamiento. A causa de los coches están espacialmente atrapados. Se pueden estudiar diversos tipos de soluciones pero casi todas ellas

⁵⁸ Bunge, W.: «Perspective...», p. 530 y Bunge, W. W. y Bordessa, R.: *The Canadian Alternative*, p. 142.

suponen eliminar el tráfico de paso en las calles residenciales y reducir los accesos a las arterias de circulación.

Pero eso no quiere decir dejar vacías las calles. Al contrario: todo el mundo lo sabe, como dice Jane Jacobs, una calle muy frecuentada es una calle segura; las calles tejen redes de supervisión cotidiana a gran escala⁵⁹. Hay, en efecto, personajes públicos vocacionales, como los tenderos y «el contacto público en las aceras y la seguridad pública de éstas, considerados juntos, pueden enfrentarse ventajosamente con el más grave problema de los que padece (Norteamérica): la segregación y la discriminación racial»⁶⁰. Si hay que devolver autonomía territorial a los niños, las calles, sus aceras pueden perfectamente volver a cumplir el papel de zonas de juego. Porque, en efecto, las áreas de juego programadas son, casi siempre, descorazonadoras: parecen hechas para que los adultos se autojustifiquen por haberse ocupado de los niños. Pero, en realidad, son inaccesibles, son inapropiadas, inseguras, aburridas. Más que áreas de juego, son áreas de no juego (*playless* no *playground*). Las calles pueden volver a ser las mejores áreas de juego, pero tienen que ser vigilables, tiene que haber siempre ojos que miren a la calle (*eyes on the street* en la célebre expresión de Jacobs).

Pero hay también que restaurar, que habilitar las zonas naturales para juegos, para paseos. Por una «ironía geográfica», los lugares donde se juega de forma más saludable, más creativa, son también los lugares que los diseñadores urbanos ortodoxos consideran «vacíos», los espacios de la ciudad que ni entienden, ni les preocupan. Por ejemplo, en Toronto, los barrancos: los residentes los perciben como importantes espacios de vida y hay que conseguir que lo sean.

En la permanente y múltiple agresión de las máquinas, de la técnica, hay que tener también en cuenta los edificios en altura y sus ascensores. Ya había dicho Jane Jacobs que las casas altas son la manera más eficaz de almacenar gente no sólo en menos espacio sino también en condiciones más desfavorables, la manera más peligrosa de realizar este almacenamiento⁶¹. A lo que añaden Bunge y Bordessa los problemas de inaccesibilidad: sus mediciones les permiten efectuar gráficos de isocronas para el desalojo de una casa que ponen patentemente de manifiesto la dependencia del ascensor.

Y queda también, dentro del mismo capítulo de problemas, la constatación de la pobreza, incomfortabilidad e inseguridad de los usos en los espacios colectivos de las áreas residenciales de bloques

⁵⁹ Jacobs, J.: *Vida y muerte...*, pp. 38-40 y p. 128.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 77.

⁶¹ *Ibid.*, p. 230.

abiertos: cuando se deja vacío tanto espacio, el suelo resulta utilizado de forma ineficiente.

Los geógrafos urbanos, los de las expediciones radicales, tienen que ofrecer alternativas de diseño que, en general, suelen ser de carácter tradicional. Como lúcidamente decía Jane Jacobs: «¿Por qué la pseudociencia del urbanismo se empeña de forma neurótica en imitar a toda costa todo lo que empíricamente se ha constatado que es un fracaso y en ignorar igualmente todos los éxitos empíricos (...) Bajo el aparente desorden de la vieja ciudad, circula un orden maravilloso que conserva la seguridad en las calles y la libertad en la ciudad»⁶².

Y Bunge y Bordessa concluyen en su libro sobre Toronto:

«El niño del centro-ciudad corre tres veces más riesgo de morir en su primer año de vida que el de los barrios periféricos acomodados y está siete veces más expuesto a ser atropellado por un coche. El niño de centro-ciudad tiene un tipo de hogar que es un séptimo del que dispone el niño de las islas de Toronto y su número de amigos está reducido a la mitad. Todas las enfermedades, desde la tuberculosis a la infección por salmonela, pueden afectarle y prácticamente las únicas ratas que quedan en Toronto están en su entorno. Su medio físico recibe tan sólo la mitad de la nieve que las áreas exurbanas y esta nieve desaparece siempre de inmediato (...) en las fotografías de satélites con infrarrojo de Toronto en las que la alta biomasa aparece de color púrpura fuerte, su barrio tiene el color gris ceniciento de la muerte. Más de la mitad de las familias del barrio no tienen automóvil con el que poder asomarse a los espacios naturales.

Estimamos que cerca de un millón de niños canadienses están atrapados en esos horribles medios construidos localizados en medio de uno de los más bellos países del mundo desde el punto de vista natural. El espacio del niño canadiense de centro-ciudad (no es) Canadá. La restauración de los medios naturales de los barrios centrales de las ciudades canadienses recanadianizará a los niños de los barrios bajos interiores»⁶³.

La mejor estrategia de integración, racial, étnica y social, no consiste en imponer desde fuera un umbral mínimo de integración racial sino en construir buenas comunidades, en lograr el control de los barrios y barriadas por parte de los vecinos, en conseguir una administración nueva a cargo de organizaciones de barrio. Sólo una organización articulada de este tipo devolverá hasta sus últimas consecuencias la responsabilidad a los barrios, evitará que se diluyan las responsabilidades en los casos de agresión personal o colectiva. «Quizá la mejor cualidad de la geografía regional en general y de la geografía

⁶² *Ibid.*, pp. 198 y 54

⁶³ Bunge, W. W. y Bordessa, R.: *The Canadian Alternative*, p. 213.

regional política en concreto es que devuelve al hombre al paisaje global» y con ello se convierte en «un instrumento de responsabilidad ciudadana»⁶⁴.

Bunge exasperante, Bunge sermoneador, Bunge compulsivamente colérico, Bunge con aspiraciones de profeta vidente... Y Bunge con manías de grandeza, con autocomplacencia de explorador de cortos vuelos. Nada es más fácil que pasarle las cuentas a Bunge, que dejarse arrastrar por su admonición final en el libro de Fitzgerald («Si este libro ha dejado al lector furioso, bien; si le ha conferido esperanza, también está bien; si confuso, bien;...») y querer rebajar su vuelo. Probablemente se lo merece. Como también se merece, y eso es mucho más importante, el reconocimiento intelectual por su exuberante sensibilidad geográfica, por sus muchas y fascinantes ideas, por la emoción que siente ante un lugar y hasta por la intemperancia que muestra en su defensa biológica. No porque los falsos profetas nos hayan hastiado con sus falsos sermones debemos renunciar a aceptar que la última lección de Fitzgerald es universal: la naturaleza y sus paisajes —físicos y humanos— son nuestros libros. Leámoslos de nuevo.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 178.